

Cultura radical y socialismo en España, 1868-1914*

José A. Piqueras Arenas
Universitat Jaume I

Palabras clave: socialismo, radicalismo, cultura política, artesanado, cultura popular

LA EXPRESIÓN DE LAS NECESIDADES SOCIALES: DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

La conformación y difusión de una cultura política radical tiene lugar en España, aproximadamente, entre 1848 y 1868, si bien se pueden encontrar antecedentes y un largo proceso de gestación que se remonta unos tres lustros a la primera de las fechas mencionadas.

La cultura política que se va construyendo a lo largo de las dos décadas citadas descansaba en los ideales demócratas y se nutría de principios como: *justicia, instrucción, fraternidad, ciudadanía*, y a veces también *federación*; muy a menudo se manifestaba republicana y, en ocasiones, sin reclamar la centralidad del discurso pero ganando protagonismo en las voces calificadas, se proclamó *socialista*, entendiéndolo por ello desde la aceptación de la especificidad de la cuestión social y el asociacionismo obrero a la elaboración de ensayos alternativos de organización social en la mejor tradición fourierista, oweniana o cabetista.¹

* El presente texto se ha beneficiado de los comentarios y las observaciones realizados por Clara E. Lida y Carlos Illades a la primera versión del mismo.

¹ Véanse Clara E. Lida, *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Madrid, Siglo XXI de España, 1972, pp. 23-107; Jordi Maluquer de Motes, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Crítica, 1977.

La noción de *cultura radical* de la que me sirvo, comprende nociones políticas e ideas y prácticas sociales, y descansó sobre una doble realidad histórica: el contexto político y un determinado momento de desarrollo de las relaciones sociales, aunque muchas de las formulaciones entonces apuntadas han pasado a formar parte del acervo de la democracia y de los movimientos sociales de voluntad reformista y revolucionaria.

El fenómeno al que hago referencia supuso, en primer lugar, una reacción al orden político imperante y a las consecuencias sociales de las decisiones llevadas a cabo por gobiernos liberal-progresistas (1835-1837, 1840-1843 y 1854-1856) y, sobre todo, conservadores, que fueron los predominantes (Partido Moderado —ultra-conservador— y Unión Liberal: 1837-1840, 1843-1854 y 1856-1868). La cultura radical se había formado a partir de la exclusión de la vida política de la mayoría de los ciudadanos y mientras ésta se mantuviera vigente podía cifrarse en la universalización de los derechos la condición que haría posible atender las demandas de los olvidados.² Por móviles dispares la cultura democrática era compartida por elementos avanzados de las *clases medias* y por sectores populares.

Aunque las nociones políticas desempeñaban un papel esencial en la movilización, la cultura radical arraigaba a partir de una determinada estructura social en la que el pequeño artesano y el trabajador de oficio, la “comunidad de productores”,³ ocupaban el lugar más destacado. Dueños de una habilidad laboral e incluso del proceso productivo en el que participaban, la solidaridad entre iguales había sustituido al complejo corporativismo gremial que integrara, a la vez, comunidad y jerarquía de intereses. De tal modo que ideales y doctrinas venían a corresponderse con una determinada mentalidad, el modo de pensar conforme a unas experiencias y unas limitaciones, unas creencias, unos valores y unas señaladas expectativas de existencia.

La difusión de la Internacional en España a partir de 1868 contribuyó a una segunda politización de las necesidades de los trabajadores, sobrepuesta a la republicanización de la cuestión social.⁴ Gracias al clima de libertad y a la dinámica

² Con más amplitud en José A. Piqueras Arenas, “Detrás de la política. República y federación en el proceso revolucionario español”, en José A. Piqueras y Manuel Chust (comps.), *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid, Siglo XXI de España, 1996, pp. 1-43.

³ Clara E. Lida, “¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX”, en *Historia Social*, núm. 27, 1997, pp. 3-21.

⁴ Véanse Clara E. Lida, *op. cit.*, 1972, p. 111 y ss.; Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 37 y ss.; José A. Piqueras, *La*

obrerista, la mayoría de los asociados actuaba por vez primera colectivamente, asociándose, definiendo demandas y participando en acciones de protesta.

La implantación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) se encontró con una extendida tradición de asociaciones voluntarias de carácter reformista que situaban las esperanzas de “emancipación del trabajo” en el cooperativismo, la educación y las mutualidades.⁵ La AIT asimiló la experiencia asociativa precedente y sostuvo su crecimiento, en parte, sobre la transformación de las sociedades de socorros mutuos y de las sociedades cooperativas.⁶ En definitiva, la Internacional supuso un factor decisivo en el proceso de movilización obrera: contribuyó al autorreconocimiento de los trabajadores como integrantes de un mismo colectivo social, proporcionó elementos para la definición de unos objetivos específicos de clase y facilitó la transformación de la solidaridad del trabajo en un instrumento de resistencia a los dueños del capital en la perspectiva de mejorar las condiciones laborales. Sería excesivo atribuir a la AIT el nacimiento de la acción societaria-reivindicativa, pero lo cierto es que cuando no promovió directamente la constitución de sociedades de oficio, se convirtió en la organización a la que se adherirían la mayoría de las formadas.

En el mejor de los casos, significaba una racionalización de las necesidades humanas derivadas de la condición laboral y conducía a descubrir una relación causal entre la pobreza y el sistema económico imperante, traducida en la idea de explotación. La función del Estado como garante de la propiedad constituida, base a su vez de la expropiación al trabajador de una parte del producto del trabajo, lo

revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, pp. 35 y ss.

⁵ Santiago Castillo (ed.), *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y socorros mutuos en la España contemporánea*, Madrid, UGT, 1994.

⁶ En algunos territorios donde esas tendencias estaban muy arraigadas (el País Valenciano y Cataluña) representaron inicialmente un obstáculo al modelo societario-reivindicativo y revolucionario, pero las ventajas proporcionadas por la lucha laboral de contenido económico inclinaron la pugna en favor de la AIT. En Cataluña existía, además, una base asociativa de tipo reivindicativo de larga tradición, que con diversas incidencias se remontaba a 1840. La Andalucía urbana, Madrid y otras ciudades contaban con una experiencia asociativa artesanal, en el primer caso vinculada a logias clandestinas de orientación carbonaria. En la Andalucía rural existía una continuidad entre la reivindicación de la propiedad comunal, poco antes desamortizada, y la adopción de un socialismo colectivista y, más tarde, anarco-comunista. Véanse Genís Barnosell, *Orígens del sindicalisme càtala*, Vic, Eumo, 1999; Temma Kaplan, *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía. Capitalismo agrario y lucha de clases en la provincia de Cádiz, 1868-1903*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 102 y ss.; Jacques Maurice, *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica, 1990.

convertía asimismo en adversario natural de clase. A partir de ese momento la articulación del grupo y la acción colectiva deja de explicarse por la mera exclusión política y ciudadana, y se hace descansar en la condición social.

Ese proceso de cristalización de experiencias, doctrinas y pretensiones, representó un punto de inflexión en el mundo del trabajo. Sin embargo, visto el proceso en perspectiva, fueron muchas las constantes anteriores que alimentaron la constitución de la Federación de la Región Española (FRE) de la AIT y sobrevivieron en la futura trayectoria del obrerismo español. El análisis de los sectores asociados descubre, en el caso español, la adscripción en lugar sobresaliente de los trabajadores calificados que contaban con alguna tradición asociativa. Los elementos más activos gozaban de una retribución y de un nivel cultural que los situaba por encima de los peones y los jornaleros, pero estaban conociendo una degradación en el ejercicio del oficio a causa de la mecanización que hacía prescindible la habilidad adquirida, precisamente la cualidad a la que debían el estatus y el grado de retribución. En realidad, más que el artesano independiente o el jornalero que ingresa en el mundo industrial, en la época de la AIT la organización de las sociedades *de clase*, en sentido económico y político, fue asumida por el trabajador de oficio en proceso de desvalorización funcional y salarial que se hallaba, junto al artesano de la manufactura orgánica y del trabajo domiciliario, sometido con la mecanización a nuevas condiciones de competencia.⁷

Las nociones de igualdad civil y política, de trabajo como única fuente legítima de ingresos y la justicia entendida como trato equitativo forman el núcleo de la cultura radical que durante décadas los artesanos identificaron con la aspiración democrática —y republicana—, para ser reinterpretada a la luz de la praxis económica y de los episodios que siguen a la Revolución de 1868. La igualdad pasó desde entonces a poseer también un contenido social, el trabajo generaba el

⁷ Véanse José A. Piqueras, “Trabajo artesano, industria y cultura radical en la época de la Primera Internacional”, en Javier Paniagua, José A. Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED/Fundación Instituto de Historia Social, 1999, pp. 165-209; Rafael Ruzafa, *Antes de la clase. Los trabajadores en Bilbao y la margen izquierda del Nervión (1841-1891)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998. Puede verse un proceso similar en los inicios del movimiento obrero europeo en Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 238-263; Jürgen Kocka, “Los artesanos, los trabajadores y el Estado: hacia una historia social de los comienzos del movimiento obrero alemán”, en *Historia Social*, núm. 12, 1992, pp. 101-118; y Dick Geary (comp.) *Movimientos obreros y socialistas en Europa, antes de 1914*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.

derecho a percibir su *producto íntegro* y la justicia será una quimera en una sociedad esencialmente injusta: el capitalismo.

Dos aspectos, sin embargo, marcan una discontinuidad con la anterior práctica radical: la actividad reivindicativa laboral —que prefigura la práctica sindical que se conoce por ese nombre en el siglo XX— y la noción de lucha de clases que subyace en la praxis internacionalista. Pero lo que constituía el principal polo de atracción de la AIT era, en opinión de los elementos más ideológicos, el más vulnerable. En plena deriva hacia el anarquismo insurreccional y del consiguiente alejamiento de la acción *sindical*, en 1873 la Comisión Federal de la FRE trasladaba al Consejo Local de Murcia su desconfianza hacia los resultados de una movilización excesivamente práctica:

Es muy posible que sólo con el aliciente de la huelga entren los obreros a formar parte de nuestra Asociación, eminentemente revolucionaria, cuyo fin es mucho más grande y no adopta esta sino como medio para mejorar por lo pronto la miserable situación de sus afiliados. La práctica nos ha mostrado que todos aquellos que son internacionales por la huelga y que no ven otra cosa, dejan de serlo cuando pierden una.⁸

En la interpretación que propongo, las necesidades de los trabajadores desbordaron el marco de las demandas políticas —sin excluirlas— para incorporar y enfatizar los derechos sociales y las reclamaciones económicas. Por necesidades de los trabajadores entiendo las demandas humanas vitales y el modo de satisfacerlas en el curso de la sociedad capitalista así como su inserción en el orden político general a partir de la nivelación formal de los ciudadanos.⁹ Esas necesidades comprenden, evidentemente, la libertad, pero en el orden de prioridades existenciales se sitúa el trabajo como medio de atención de los mínimos vitales, la reducción de la actividad laboral al trabajo socialmente necesario, la concepción del trabajo como una fuente de subsistencia que posibilite el desarrollo de las facultades humanas en lugar de disolver la personalidad en labores rutinarias y alienantes, la reducción del tiempo de trabajo productivo que permita el despliegue

⁸ Carta del 26 de mayo de 1873, en Asociación Internacional de los Trabajadores, *Cartas, comunicaciones y circulares del III Consejo Federal de la Región Española*, edición de Carlos Seco Serrano y M. Teresa Martínez de Sas, 7 vols., Barcelona, Universidad de Barcelona, 1972-1987 [cito en adelante en el texto como *Correspondencia*].

⁹ La noción que empleo se inspira en los textos de Agnes Heller, “Las necesidades radicales”, en *Materiales*, núm. 10, julio-agosto 1978, pp. 27-47; y “El ideal del trabajo desde la óptica de la vida cotidiana”, en *La*

de cualidades personales y sociales de naturaleza formativa, recreativa o sencillamente no-productiva, y a partir de ahí, todas aquellas que representan una mejora del nivel de existencia.

Los principios bakuninistas y marxistas dieron consistencia ideológica a una búsqueda de explicaciones y contribuyeron a poner orden en cuanto a fines, plazos y métodos. Sin embargo, las raíces estructurales del cambio que se verifica en la cultura radical deben buscarse en las realidades materiales y en las transformaciones económicas y sociales que venían operándose en España de manera intensificada desde la segunda mitad de la década de 1850, las mismas que en 1860 y 1870 alentaron la ampliación y consolidación de la expresada cultura.

Esa dualidad de origen, política y socioestructural, explicaría los lazos radical-internacionalistas que sobreviven a la irrupción del obrerismo de clase, incluso cuando, a partir de la década de 1880, se establece un obrerismo independiente y antisistema que en su rama mayoritaria es anarquista y en la minoritaria, socialista-marxista (véase anexo).

REPUBLICANOS E INTERNACIONALISTAS

La Internacional fue fundada en España por republicanos de inquietudes sociales.¹⁰ Es cierto que se hallaban desilusionados por el curso que siguió la política después de la Revolución de 1868 y a causa de la orientación del directorio del Partido Demócrata Republicano Federal, excesivamente legalista y parlamentario después de haber alimentado las aspiraciones revolucionarias durante años.¹¹ Era además un partido incapaz de definirse ante la “cuestión social”, en especial a partir de la

revolución de la vida cotidiana, Barcelona, Editorial Materiales, 1979, pp. 46-69, aunque no suscribo enteramente las ideas de la autora, por ejemplo su interpretación sobre la inmanencia de las necesidades en el capitalismo como fundamentación de la conciencia revolucionaria ni la pretensión antropológica que la acompaña. Las necesidades humanas de las que hablo se distinguen de las necesidades que pudieran generarse en el capitalismo para unir al individuo a nuevas dependencias. Véase sobre esto último Karl Marx, “Manuscritos de París”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras*, vol. 5, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 388 y ss.

¹⁰ Véase Antonio Elorza, “Ideología obrera en Madrid: republicanos e internacionalistas”, en Antonio Elorza y Michel Ralle, *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 17-41. José A. Piqueras, *op. cit.*, 1992, pp. 119 y ss.

¹¹ C. A. M. Hennessy, *La república federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-1874*, Madrid, Aguilar, 1967.

Comuna de París, ya que un pronunciamiento en el tema amenazaba con romper la débil unidad interna. Si destacados dirigentes de la AIT procedían del republicanismo y desde 1870 fueron ganados para un ambiguo apoliticismo o para el antipoliticismo, la información que trasciende de numerosas poblaciones no sólo confirma la extracción republicana de los internacionales, sino que revela el conflicto de compatibilidades que ocasionaba a los adheridos verse confrontados con los republicanos.

Al Consejo Federal de la FRE llegaban consultas de las federaciones locales sobre ofrecimientos de colaboración política. Así sucedió en Cartagena y Zaragoza, donde los republicanos instaron a la AIT a hacer un pacto para “ir a la lucha unidos, caso que esta [la República] llegase”.¹² El *Tiro Nacional* de Zaragoza, una sociedad de “hombres de acción”, se ofrecía para trabajar en unión “en lo que llaman obra revolucionaria”. Una proposición similar llegó de la *Vanguardia Federal* de Madrid (*Actas*, 28 de febrero de 1872). De la federación de Jerez se escribía que “desanimaba mucho a los obreros el creer que ser de la Internacional les impedía ser republicanos” (*Actas*, 14 de febrero de 1871). En Málaga se lamentaba el triste estado de la federación local “debido a los manejos de los santones del partido republicano”, que con su actuación —presumiblemente propagandística— había logrado desorganizar casi todas las secciones (*Actas*, 14 de marzo de 1871), situación que se repetiría en Mahón (*Actas*, 1 de octubre de 1872). El consejo local de Murcia preguntaba a mediados de 1872 “si existe inteligencia entre la Internacional y la parte avanzada del partido republicano, y si Lostau [diputado federal] pertenece a la Asociación” (*Actas*, 13 de junio de 1872). Por entonces había tomado carta de naturaleza la fracción republicana *intransigente* —sinónimo de “revolucionaria” —frente al gubernamentalismo de los “benevolentes” republicanos “de orden”— y su agitación volvía a despertar expectativas entre los trabajadores. En respuesta a otro consejo local, el Consejo Federal afirmaba: “desgraciadamente son muchos” los “obreros incautos que están unidos a los burgueses [*sic*]” en la pretensión de efectuar una revolución armada para derribar al gobierno (*Correspondencia*, 7 de noviembre de 1872). En Bilbao se creía inevitable un alzamiento federal, lo que despertaba dudas en los internacionales, hasta el punto de que el Consejo Federal les recordó que conforme a los acuerdos adoptados por la FRE, no podían comprometerse como Asociación, pero que

¹² AIT, *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*, edición de Carlos Seco Serrano, 2 vols., Barcelona, Universidad de Barcelona, 1969 [citado en adelante como *Actas*], 27 de julio de 1870 y 10 de diciembre de 1871.

individualmente no se les trazaba ninguna línea de conducta (*Correspondencia*, 26 de noviembre de 1872).

En esa coyuntura fue cuando más creció la AIT, sin que haya lugar a dudas respecto a la procedencia de la afiliación. Pero del mismo modo que en 1870-1873 eran muchos los que creían compatible y deseable la doble adscripción, política e internacionalista, en otros casos los trabajadores llegaban a la Internacional como reacción frente al reformismo. En La Coruña, tras una detenida discusión, en una amplia asamblea de obreros “acordóse la separación, por completo, del partido republicano, proclamando como único remedio la *propiedad colectiva y la anarquía*” (*Actas*, 19 de julio de 1872). En Ciudad Real se anunciaba el ingreso de algunos republicanos (*Actas*, 14 de noviembre de 1872) y en la alicantina población de Ibi el trasvase se presumía completo: “El partido republicano de esta localidad, desengañado completamente de las farsas políticas, se prepara para constituirse en Federación local” (*Actas*, 24 de enero de 1873).

Cuanto más se alejaba la dirección de la FRE de la tradición popular republicana y acentuaba los rasgos anarquistas, más patente se hacía la coincidencia social de sus respectivas bases y la flexibilidad de los trabajadores para buscar en la AIT la defensa de sus condiciones de trabajo y conceder al Partido Republicano Federal, incluso, respaldo electoral. Si el conflicto puntual entre las autoridades locales republicanas y la AIT servía para ilustrar “la necesidad de separarse todos los trabajadores de la política de los partidos burgueses [*sic*] y de hacer más activa la política negativa, es decir, la política que consiste en la organización económica del proletariado” (*Correspondencia*, 2 de octubre de 1872), la proclamación de la República el 11 de febrero de 1873 desató en amplios sectores de los trabajadores un clima de adhesión al nuevo régimen. En Valencia los sectores marxistas, en proceso de organización separada, se unieron a la manifestación popular que celebraba el cambio de régimen. Las simpatías no llegaban únicamente de los elementos *policitistas*, partidarios de la acción política en oposición a los anarquistas. En vísperas de estos acontecimientos, el consejo local de Zaragoza —bakuninista— publicó el 29 de enero de 1873 un manifiesto en el que decía: “nuestros hermanos los republicanos democráticos federales” pueden contar con la simpatía de la AIT mientras se mantengan en “la nueva senda en que parecen han entrado” (*Actas*, 14 de febrero de 1873). La Comisión Federal (bakuninista e insurreccional), en carta al Consejo de la Unión Manufacturera —la mayor federación de oficio del país— no tenía más remedio que reconocer que con la República se había producido mucha agitación, particularmente en Barcelona,

“temiéndonos que el obrero en su alucinación pierda el camino adelantado en su odio a la política” (*Correspondencia*, 26 de febrero de 1873). Ante la inquietud manifestada en Málaga, otro baluarte del republicanismo, la Comisión Federal admitía: “Es sensible, compañeros, que la política absorba de tal modo a los trabajadores de esa que descuiden hasta sus intereses representados en nuestra Asociación” (*Correspondencia*, 21 de abril de 1873). Y al consejo local de Puerto de Santa María, añadía: “Desde la proclamación de la República varias federaciones han sufrido una terrible crisis” (*Correspondencia*, 30 de junio de 1873). En Tarragona se lamenta más tarde la agonía que sufre la Federación después de que un grupo de internacionales hubiera comprometido sus esfuerzos en respaldar la elección de un *burgués* como diputado a Cortes (*Actas*, 5 de enero de 1874). Ni siquiera la prevención de los sectores más acomodados del republicanismo, respecto a los trabajadores, provocó la desertión de éstos. En Santa Cruz de Tenerife se dividieron los republicanos en dos grupos, “uno tan sólo de trabajadores porque los burgueses del otro no quisieron admitir a ningún obrero en la candidatura para el ayuntamiento” (*Actas*, 17 de noviembre de 1873).

Los proyectos reformistas que anunciaron los republicanos, al acceder Pi y Margall a la presidencia de la República, despertaron grandes expectativas. Los elementos ácratas fiaban a la inconsecuencia gubernamental la recuperación de los principios contrarios a la política: “es seguro que no llegará a ser ley la revocación de las ventas de los bienes de propios, esto será suficiente para desengañar a muchos ilusos que tienen mucha confianza en el parlamentarismo de la clase media” (*Correspondencia*, 8 de octubre de 1873). Casi al mismo tiempo que se escribía lo anterior se daba cuenta del ingreso en la AIT de 300 trabajadores agrícolas de Villalba de Barros, en Badajoz, procedentes del republicanismo, esperándose que los 300 federales que quedaban siguieran sus pasos (*Actas*, 24 de octubre de 1873).

La insurrección cantonal del verano de 1873, de naturaleza confederal, arrastró consigo en algunas ciudades a las federaciones locales de la AIT, marxistas en algún caso y bakuninistas en la mayoría, que se apresuraron a implicarse en unos acontecimientos promovidos por los republicanos *intransigentes* con la pretensión de aprovechar las circunstancias en favor de sus propios planteamientos.¹³ La atracción hacia la república se enfrió con el gobierno de Emilio Castelar (septiembre

¹³ Véanse José A. Piqueras, *op. cit.*, 1992, pp. 635-676. Gloria Espigado, *La Primera República en Cádiz. Estructura social y comportamiento político durante 1873*, Sevilla, Caja San Fernando, 1993, pp. 281-305. Manuel Morales Muñoz, *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda doctrinal, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Memoria del Presente, 1999, pp. 80-108.

de 1873-enero de 1874), en el que se cometieron todo tipo de abusos y arbitrariedades. Hubo detenciones y malos tratos, registros domiciliarios nocturnos, violación de correspondencia, cierre y saqueo de locales, despidos, cierre de periódicos, amenazas de fusilamiento, fusilamientos y deportaciones. En Alcoy, Sanlúcar de Barrameda, Sevilla, Jerez y otros puntos que habían conocido insurrecciones, los republicanos de la fracción benévola no ahorraron represalias. La violencia fue también aprovechada para reducir los salarios concedidos después de las últimas huelgas. Los trabajadores aparecían como principales víctimas de la República. ¿Sería suficiente para deslindar los campos? En parte, sólo en parte...

A menudo, para la época que sigue al apogeo y crisis de la Internacional, esto es, la Restauración (1875-1902, 1875-1923 en sentido laxo), he reconstruido la singular historia de las organizaciones que proporcionaban perfiles nuevos y anunciaban un proyecto inequívocamente emancipador, y lo he hecho en su evolución organizativa e ideológica, en relación con el capital y el Estado. Los elementos sociales que lograron aglutinar llegaron a ser muy significativos, en torno a un millón de trabajadores sindicalizados hacia 1919. Lo que no siempre se tiene en cuenta es el largo proceso que transcurre entre los intentos de reorganización de la AIT después de 1874 y el nacimiento de las centrales sindicales de masas a partir de 1907, una dilatada etapa en la que se asiste a la ampliación de la clase trabajadora y a una diversidad de manifestaciones asociativas y políticas. La atracción que en los historiadores sociales han ejercido las opciones revolucionarias ha hecho que con frecuencia se escaparan las continuidades. Y esas continuidades, injertadas en organizaciones que han pasado desapercibidas por no haber desarrollado proyectos alternativos de sociedad, tuvieron un papel muy notable en la evolución de la cultura obrera práctica. Andado el tiempo, la mayoría de las sociedades obreras que alentaron, ingresaron en las grandes centrales de clase o en el Partido Socialista.

Las corrientes anarquista y marxista, presentes en la AIT, acabaron de constituirse en sendas tradiciones en los años que van de 1880 al segundo lustro del siglo XX. En poco más de un cuarto de siglo cada tendencia adquiere perfil, pero no dejan por ello de coexistir con un verdadero *melting-pot* de ideas y experiencias sociales, donde la democracia republicana siguió ocupando un espacio aglutinante, ocasional en la lucha política¹⁴ y, lo que más me interesa destacar,

¹⁴ Pueden consultarse al respecto Gabriel Pere, "Movimiento obrero y grupos republicanos y radicales en España, Francia e Italia", en *Revolució i socialisme*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1990, pp. 105-121. Antonio López Estudillo, "Federalismo y obrerismo en Sevilla (1881-1883)", en

como proveedor de nociones culturales que contribuyeron a formar el universo mental de los trabajadores.

Después de haber insistido en la imbricación demócrata-internacionalista en el momento de la formación de las organizaciones de la clase obrera y de la introducción de un pensamiento revolucionario, examinaré el aprovisionamiento desde la cultura radical de nociones y herramientas que pasaron a pertenecer al obrerismo popular de entre siglos. Aunque no interfirieron ni modificaron las ideologías que califico de emancipadoras, incidieron de manera directa en la conformación de las mentalidades y ejercieron influencia en los comportamientos colectivos e individuales, predisponiendo a la gente del trabajo a adoptar determinadas ideas y ciertas políticas que concordaban con el universo cultural —a veces una pequeña parcela en un planeta periférico— al que laboriosamente habían logrado ingresar.

LA CULTURA DEL MUNDO DEL TRABAJO

Las ideologías, el conjunto articulado de ideas sociales y políticas que caracterizan un pensamiento, rara vez se transmitieron en el pasado de manera ordenada, al modo académico, según las estudiamos en las universidades o las encontramos en los programas de formación política previstos por la primera socialdemocracia alemana o por la III Internacional para sus cuadros. Me interesan “las ideas que absorben la atención de la multitud”, en palabras de Marx recuperadas por George Rudé.¹⁵ Pero las ideas operan en el marco de un sistema específico de referencias culturales que cobra significado a la luz de las experiencias vividas, e incluso aprendidas, y de las situaciones que llegan a presentarse a los actores sociales. Esa perspectiva de análisis no supone subjetivar las expectativas de superación de los colectivos sociales, reducir el problema de la conciencia a un ejercicio individual de apropiación de conocimientos o aceptar la explicación de la realidad sociopolítica desde la esfera omnipresente de la cultura.

Con el fin de sistematizar mi ensayo y situar en un modelo de análisis los aspectos a los que me referiré, distinguiré entre *esfera de relaciones sociales* (cuadro 1),

Andalucía contemporánea. Actas del II Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, Junta de Andalucía, 1996, pp. 431-440. Manuel Morales Muñoz, *op. cit.*, 1999, pp. 163-187; Ramir Reig, “El republicanismo popular”, en *Ayer*, núm. 39, 2000, pp. 83-102.

¹⁵ George Rudé, *El rostro de la multitud*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED/ Fundación Instituto de Historia Social, 2001, p. 123.

aquella que nace de las relaciones de producción y explica la pertenencia a un grupo que reviste los atributos externos de una *clase*, y *cultura* —en general— unida a la *cultura política* (cuadro 2), que implica el desarrollo de cualidades intelectuales, cognoscitivas y autocomprensivas, estrechamente relacionadas con las modalidades que revisten las acciones sociales. Entiendo que en la realidad histórica ambos planos no corresponden a etapas sucesivas de la experiencia sino que se interrelacionan modificándose recíprocamente. La tipificación que propongo tiene, por lo tanto, una pretensión esencialmente analítica.

Cuadro 1: Esfera de relaciones sociales

1. Relaciones sociales de producción
2. Experiencias laborales
3. Entorno material y vivencias personales
4. Participación en demandas organizadas, protestas colectivas y conflictos de trabajo
5. Vínculos familiares y actitud de género
6. Hábitos y empleo del tiempo personal, sociabilidad

El esfuerzo por conocer las ideas que capturan a las multitudes o a las minorías conscientes deberá ampliarlo al marco de referencias culturales de los trabajadores en un momento dado, comenzando por el nivel educativo para llegar a las pautas de comportamiento cultural, tanto cuando entran en el terreno del esparcimiento como cuando poseen voluntad formativa.

Para la época que me ocupa dispongo de estudios sobre el movimiento obrero en España, anarquista y socialista,¹⁶ y de algunas incursiones en su producción

¹⁶ Véase José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI de España, 1976. Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1988. Santiago Castillo, *Historia del socialismo, 1 (1870-1909)*, dirigido por Manuel Tuñón de Lara, Barcelona, Conjunto Editorial, 1989. Santos Juliá (coord.), *El socialismo en España. Desde la fundación hasta 1975*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1986.

literaria, generalmente referidas al anarquismo.¹⁷ Pueden consultarse trabajos acerca de periódicos, lectura obrera, actitudes culturales, bibliotecas populares, literatura de cordel supuestamente destinada a estos mismos sectores, niveles de escolarización, etcétera.¹⁸

Cuadro 2: Cultura y cultura política

1. La adquisición de categorías políticas elementales: igualdad civil y política, justicia, derechos, sufragio, libertades, solidaridad...
2. La educación: de la alfabetización a los conocimientos escolares y los saberes técnicos
3. El acceso a lo coetáneo externo: la prensa popular y la prensa obrera
4. La comprensión del entorno inmediato, la sociedad y el mundo: las lecturas doctrinales, literarias, de historia, filosofía, sociología y de divulgación científica
5. El conocimiento de las ideologías: prensa y lecturas, de nuevo
6. Las representaciones de la acción social
7. Los rituales de identificación colectiva: las veladas, las fiestas, el mitin, las manifestaciones
8. El factor nacional (en su caso)
9. La educación política: la experiencia 1-8

¹⁷ Véanse Lily Litvak, *Transformación industrial y literatura en España, 1895-1905*, Madrid, Taurus, 1980; y *Musa libertaria: arte, literatura y vida cultural del anarquismo español, 1880-1913*, Barcelona, Antoni Bosch, 1981; Clara E. Lida, "Literatura anarquista y anarquismo literario", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 19, 1970, pp. 360-381.

¹⁸ Véanse Santiago Castillo y Luis E. Otero (eds.), *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987; José Carlos Mainer, "Notas sobre lectura obrera en España (1890-1930)", en Albert Balcells (ed.), *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1977; Jean-Louis Guereña y Alejandro Tiana (eds.), *Clases populares, cultura y educación. Siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez/UNED, 1990; Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danièle Bussy (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Cultures populaires, cultures ouvrières en Espagne de 1840 à 1936*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990; Alejandro Tiana, "Movimiento obrero y educación popular en la España contemporánea", en *Historia Social*, núm. 27, 1997, pp. 127-144.

Cuando a mediados de la década de 1880 la Comisión de Reformas Sociales realizó una indagación sobre las condiciones de las clases trabajadoras del país, la elaboración de un presupuesto de gastos ideal de un obrero solo —no así de una familia obrera— comprende una modesta cantidad destinada al ocio, que en realidad corresponde a aquello que no es simple subsistencia: 0.25 céntimos semanales destinados a espectáculos y 0.10 céntimos para la “suscripción a un periódico semanal y compra de otro”, apunta —pienso— idealmente.¹⁹ ¿Tal vez también la adquisición de un libro? Esto último no debía ser práctica generalizada ni frecuente, aunque tampoco ajena por completo. “El trabajador en España rara vez invierte los ratos de ocio en la lectura o al menos en lecturas provechosas que pudieran mejorar su condición moral e intelectual y las condiciones de los trabajos respectivos”, señala uno de los informes a la Comisión de Reformas Sociales. De la no lectura se transitó a la permisividad de una lectura ajena a la moralización y capacitación profesional para acabar reconociendo una lectura inconveniente: el trabajador pre-fería “por regla general lecturas, ora perniciosas, ora poco instructivas”.²⁰ El informe presentado por los maestros de Alcoy advierte que la afición a la lectura no está extendida entre los obreros pero cuando leen se inclinan por los textos “de amena literatura”, y en cuanto a periódicos, “los únicos que se venden públicamente, y que es de suponer circulen más generalmente entre los obreros, son los de ideas avanzadas”.²¹ La aparición de publicaciones periódicas, la larga continuidad de otras y la edición de obras de pensamiento o de contenido social encontraron un lector no muy extenso pero suficiente, fiel y renovado.

¿Un lector obrero? Sin duda, siempre que se matice el tipo de trabajador al que se hace referencia. El nivel de analfabetismo de la población española, hasta bien entrado el siglo XX, no permite albergar grandes ilusiones. Sin embargo, las cifras que se citan en la mayor parte de los estudios incurren en un sorprendente error, pues establecen el porcentaje sobre la población tomada en su totalidad, sin deducir el sector de edad que debe ser excluido en estos trabajos estadísticos, los menores de siete años, lo que supone reducir la tasa de analfabetismo aproximadamente 8%. Con todo, en 1900 no sabían leer y escribir en España 56%, aunque de esa cifra alrededor de 5% sabía leer pero no escribir. Las mismas estadísticas aportan otros elementos correctores que se deben tener presentes:

¹⁹ Reformas Sociales, *Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, edición de Santiago Castillo, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985 [facsimil de la edición de 1889], tomo IV, p. 464.

²⁰ *Ibid.*, tomo IV, p. 304.

²¹ *Ibid.*, tomo V, p. 89.

en 1887 la población de siete y más años analfabeta era 60%, pero la población masculina alfabetizada de una ciudad como Madrid llegaba hasta 82%, superaba en Barcelona 70 y 60% en Valencia. Se resuelve con esta ponderación la paradoja de atribuir, simultáneamente en los trabajadores, un nivel educativo próximo a la indigencia y la proliferación de prensa obrera y popular.²²

Después de corregir el factor edad, de deslindar el mundo urbano del rural y de contemplar al lector teniendo en cuenta el factor género, ya que el varón aparece como destinatario principal, si no único, de las publicaciones obreristas, hay que introducir una nueva puntualización relativa al tipo de trabajador al que se atribuye cierta formación pero también capacidad movilizadora y, si se quiere, de liderazgo.

Una encuesta llevada a cabo por el Consejo Federal de la FRE a finales de 1872 entre las federaciones locales de la Internacional sobre el grado de alfabetización que poseían los afiliados, nos ofrece a partir de una muestra, una aproximación a la situación de los obreros asociados.²³ Las conclusiones que he obtenido son las siguientes: a) el trabajador asociado ofrece en términos generales un nivel de alfabetización por encima de la media de la población; b) el trabajador de la industria fabril —más en los casos de las mujeres y del trabajo infantil— arrojaba cifras muy elevadas de analfabetismo, superiores a veces 90%; c) los artesanos y los trabajadores de oficio asociados sabían leer y escribir en un grado bastante apreciable, por encima de 75%, siendo los destinatarios naturales de la prensa obrera, de los manifiestos y de la literatura social, sobre la que descansa la propaganda y la organización obreras.²⁴

Se conoce poco de la mentalidad obrera receptora de la cultura y de su formación en el doble diálogo con las realidades materiales y los impulsos culturales que no sólo llegaban desde las filas *conscientes* de la clase sino, con frecuencia, desde otros estratos sociales, en particular de la intelectualidad pequeño-burguesa. Hacia 1900 esta *intelligentsia* aparecía en España mejor dispuesta a ganarse a la población para sus proyectos democráticos y reformistas, en la mejor herencia radical, que al poner sus cualidades y sus medios al servicio de una causa obrera más allá de un cierto humanitarismo social.²⁵ La cultura de las clases subalternas adoptó,

²² José A. Piqueras, *El taller y la escuela*, Madrid, Siglo XXI de España, 1988, pp. 181-186.

²³ AIT, *Actas*, 4, 8, 15 de octubre y 22 de noviembre de 1872. *Correspondencia*, 11 de octubre de 1872.

²⁴ José A. Piqueras, *op. cit.*, 1999, pp. 201-203.

²⁵ Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, 3ª ed., Madrid, Taurus, 1998; Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985; Leonardo Romero Tobar (ed.), *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*, Madrid, Visor Libros, 1998, pp.

en consecuencia, hábitos y reflejos de las clases dominantes y, sobre todo, de los grupos intermedios. Sobre ello volveré más adelante.

Simultáneamente, esa cultura reaccionaba contra sus propias tradiciones —y las superaba— una vez que habían desaparecido las circunstancias que justificaban el orden estamental y corporativo del Antiguo Régimen que había cohesionado la cultura del trabajo anterior. De las feudalizantes corporaciones gremiales, por ejemplo, quedaba un caparazón formal cuyas jerarquías impedían la evolución del nuevo asociacionismo nacido de las relaciones de trabajo y supeditaba los antiguos vínculos corporativos a los intereses de maestros y patronos devenidos en empresarios capitalistas. Me detengo en un caso que me parece muy ilustrativo de esto último. Llega a través de una noticia de prensa anarquista que da cuenta de la reunión que celebró el gremio de panaderos de Valencia el 23 de marzo de 1884.²⁶

Un escueto punto del orden del día justificaba la concurrida asistencia de agremiados: “tratar sobre la conveniencia de reformar los efectos pertenecientes al oficio y punto donde habían de estar depositados”. El régimen gremial había perdido cualquier operatividad, medio siglo antes, cuando definitivamente se suprimieron los privilegios corporativos. En la práctica, los gremios no fueron disueltos pero la libertad de industria y de trabajo canceló la razón de ser a la que debían su existencia.²⁷ La pérdida de su función y la creación de sociedades de oficio, alguna de resistencia al capital, no supuso la eliminación de la corporación tradicional como un ente representativo de la actividad que les unía al margen de las categorías laborales (maestros, oficiales y aprendices, y ahora, sobre todo,

117-136; Carlos Serrano, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987; José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial, 1990; Jorge Uría (ed.), *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa Ediciones, 2000. Las veleidades socializantes fueron breves y poco extensas, véase Rafael Pérez de la Dehesa, *El Grupo “Germinal”: una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1979.

²⁶ *El Chornaler*, 29 de marzo de 1884. Las citas que siguen, y hasta el final del presente apartado, tienen esta misma procedencia. El periódico se publicó en Valencia desde finales de 1883 y en 1884, sirviéndose indistintamente del castellano y de la lengua vernácula valenciana. Llevaba por subtítulo “Periodic defensor dels que treballen y no menchen. Enemic asèrrim del que menchen y no treballen” [“Periódico defensor de los que trabajan y no comen. Enemigo acérrimo de los que comen y no trabajan”]. Según declaraba, la instrucción de sus redactores había sido adquirida en el trabajo y su esfuerzo se dirigía a destruir la inmoralidad y la injusticia en que se basaba la sociedad. Defendía los principios de “Anarquía, Federación y Colectivismo” y reivindicaba una “sociedad libre, de productores libres” (*El Chornaler*, 22 de diciembre de 1883). Consideraba que la revolución era una ley del progreso e inevitablemente acabaría produciéndose.

²⁷ *La legislación social en la historia de España. De la revolución liberal a 1936*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1987, pp. 5-6.

patronos y operarios). Esa representatividad tenía un sentido más figurado que real, más simbólico que efectivo aunque tampoco conviene subestimar la autoridad que emana de la jerarquía en una asociación voluntaria de este tipo, heredera de la organización señorial del trabajo. Alrededor de 1884 el gremio de panaderos conservaba signos distintivos cuya expresión formal deseaba modificar un sector:

Estos efectos, que recuerdan las terribles épocas de la Edad Media [anota *El Chornaler*] son, entre otros objetos, la bandera que representa al gremio, un santo con su correspondiente anda y un guión, lo cual ha sido llevado por los calvarios como a representación oficial del gremio a todas las procesiones y demás actos religiosos y civiles donde ha sido invitado.

La presencia corporativa en los desfiles cívicos y en las procesiones religiosas que en fechas señaladas recorrían ceremonialmente la ciudad, tenía su principal cita anual en la procesión del *Corpus*, que siguió reuniendo a los gremios, reducidos ahora a cofradías y sociedades mutualistas. Esa presencia oficial detrás de un estandarte ofrecía una imagen que repudiaba el núcleo que había iniciado su moderna asociación con la Internacional, cuya remozada organización había celebrado, en Valencia, en octubre anterior su último congreso: “El oficio de panaderos dio muestras en dicha reunión que no quiere aparecer en Valencia como una cofradía religiosa, sino como a una colectividad de hombres dignos, que se dedican a la producción de una cosa útil”.²⁸ Después de una afirmación del trabajo que remite al cuadro de valores radical-democráticos antes citado, se pasó a las resoluciones: “El primer acuerdo que se tomó en dicha asamblea, fue el cambiar el santo que hay colocado en la parte superior de la bandera por un trofeo formado por las herramientas que se emplean en dicho oficio”. El icono religioso bajo cuya advocación se efectuaba el trabajo, reemplazado por los instrumentos identificadores del oficio, signo del orgullo laboral de quien practica una actividad digna que le provee del sustento.

Resuelta la cuestión de los símbolos, la inmensa mayoría votó también “que los objetos del oficio quedasen en poder de la sociedad de panaderos de Valencia que más número tenga de asociados”. De sobra conocían los asistentes cual era esa sociedad, pues la reunión, según se revela por los acuerdos adoptados, había sido

²⁸ Max Nettlau, *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1969, pp. 440-444.

propiciada con la finalidad de liquidar la vieja estructura gremial y trasladar la legitimidad de la representación a una sociedad de orientación anarquista. Con los *efectos* iban también, naturalmente, los recursos materiales que hacían posibles prestaciones asistenciales a los asociados.

La minoría derrotada en la reunión reaccionó convocando una segunda asamblea sin darle apenas publicidad. A pesar de ello, volvieron a ser mayoritarios los elementos de ruptura. Un trabajador tomó la palabra para decir que “los obreros que estamos por parte de la verdad y justicia, no debemos rehusar nunca la discusión”. La formación en la praxis comenzaba a ofrecer resultados. Un miembro de la mesa, afín a la presidencia tradicional, hizo notar que en las reuniones convocadas en los tres años anteriores nadie pedía la palabra y añadió: “hoy, porque ya sabéis todos lo que son cuestiones previas y lo que son cuestiones de oídos, tratáis de imponerse”. El redactor de *El Chornaler* puntualiza: “en honor de los panaderos, debemos decir que hace más de tres, y de cuatro, y de cinco, que éstos ya van conociendo sus derechos y van instruyéndose”. Fueran tres o cinco los años, lo interesante es que los trabajadores se habían instruido, conocían y reclamaban sus derechos y practicaban los procedimientos de las reuniones democráticas en las que se abrían paso nociones tan caras al ideal radical como *verdad y justicia*, reinterpretadas a la luz de modernas ideologías: ¿la pretensión de la igualdad? Sin tener reconocido el derecho de sufragio político, buscaban la discusión como medio para esclarecer “la verdad y la justicia” y se regían por votaciones para adoptar acuerdos. Y los acuerdos de la anterior asamblea fueron ratificados. El oficio de panaderos había demostrado en las dos reuniones, concluye el cronista, “que está por el progreso”. La antigua dirección, sin embargo, resistió entregar los efectos, “y con ellos la representación oficial del gremio”. El problema de la transmisión de la representación oficial no impidió el desarrollo de la Sociedad de Panaderos, sin más recursos que los aportados por los asociados, sin otra legitimidad que la procedente de la fraternidad del oficio.

ADAPTACIÓN, REINTERPRETACIÓN Y HERENCIAS DE LA CULTURA HEGEMÓNICA Y RADICAL EN LA CULTURA ALTERNATIVA

Durante la época de la Restauración se aprecia, en el nuevo trabajador de la ciudad, mano de obra corriente y oficios desvalorizados, una situación que se puede calificar de desarraigo e inmersión en una subcultura que se diferencia notablemente

de la cultura generada por el artesano y trabajador de oficio de la etapa precedente, que había logrado construir un espacio propio tanto en sus manifestaciones ideológicas como en lo referente al cuadro de valores políticos. Todavía en los años 1875-1900 corresponde a determinados oficios —los tipógrafos ocupan un lugar destacado— la organización y dirección del movimiento obrero urbano. Los socialistas alientan la pertenencia de sus afiliados a sociedades de oficio mientras la Unión General de Trabajadores (1888) se organiza localmente por oficios y se articula nacionalmente por federaciones de oficios.²⁹ La organización anarquista no difiere de este modelo y hasta la segunda década del siglo XX no dará el paso hacia una asociación por industrias.

Una vez más se hacen presentes los elementos que suponen continuidad, pero hay algunos cambios que conviene precisar. En primer lugar se asiste a la sustitución del discurso del pequeño productor por el del asalariado: la clase obrera se concibe como la clase de los asalariados, ya no de los productores. El discurso del ciudadano cede finalmente al de la denuncia de la explotación y de la emancipación social. Ambos cambios se hacen visibles en la etapa de la Primera Internacional, durante el Sexenio Revolucionario, pero en aquella todavía se pueden percibir numerosas adherencias del radicalismo democrático, como antes he comprobado. La realidad de las dos décadas iniciales de la Restauración irá cambiando la relación entre esta suerte de *aristocracia obrera*, en proceso de asimilación al trabajador industrial y el conjunto de los asalariados, pues el crecimiento industrial-mercantil finisecular masifica el trabajo ordinario y acelera la degradación del trabajo de oficio en términos de retribución y estatus. El obrero no calificado representa, en términos cuantitativos, la mayoría de la clase asalariada al mismo tiempo que el factor de trabajo personal queda subordinado al peso del capital y de otros medios de producción en el proceso productivo.

No obstante, en la medida en que subsiste una estructura productiva fragmentada, el trabajador de oficio conserva un lugar preponderante aunque los valores que representará son los de la clase industrial en formación, vista desde la perspectiva y la experiencia del trabajador urbano no fabril. De ahí que mientras se esfuerza en encontrar una voz específica y, desde el socialismo y el anarquismo, se fomenta una cultura independiente, de clase, frente a la establecida, que es la de la burguesía, combine en una suerte de eclecticismo elementos ideológico-

²⁹ Véase Michel Ralle, “Un ‘socialisme des métiers’? Culture politique ouvrière et ‘obrerros de artes y oficios’ (1870-1900)”, en Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danièle Bussy (eds.), *op. cit.*, 1990, pp. 169-178.

culturales de la etapa anterior, la del productor de mercancías, con elementos específicos de la resistencia a la proletarización y a la marginación de la vida social e intelectual que acompaña a ésta. Por ello las organizaciones obreras y sus medios de comunicación reaccionarán también contra la cultura *popular* generada en los espacios de la marginalidad,³⁰ que comprende amplios sectores de las clases *inferiores*, proletarias, proletarizables, decididamente marginales por ser excluidas del proceso productivo.

El desarraigo y la subcultura de entre siglos, a los que aludo, son consecuencia de la dependencia ideológica en que se halla el trabajador común y de la dificultad que tiene para generar formulaciones alternativas, pero también de la supeditación a la cultura de los estratos sociales superiores, vista muchas veces como un modelo a imitar y adaptar por los obreros *conscientes* que carecen de medios o de formación para afrontar la creación de una nueva cultura. Y es que los intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras, en la expresión de Antonio Gramsci, tardan en surgir y, a diferencia de lo que se observa respecto a otros grupos sociales, cuando aparecen encuentran una gran dificultad para llegar a amplias capas de la población y conformar con ellas una visión personal, apropiada mediante el esfuerzo colectivo de la sociedad.

Pese al ingente esfuerzo de adaptación de la cultura, en general a su percepción particular, la clase obrera organizada que está en proceso de constitución en las décadas finales del siglo XIX y que irrumpe en el siglo XX dando lugar a grandes organizaciones de masas, es deudora durante largo tiempo de lo que José Carlos Mainer ha denominado una cultura democrática para referirse a la creación pequeño burguesa de amplio sentido social y humanitario,³¹ que enlaza bastante bien con lo que he sostenido sobre la cultura radical:

Esta dependencia frente a una cultura exterior se traduce [...] por la excepcional longevidad de las formas estéticas cuando entran en el circuito de la cultura obrera: los derivados del naturalismo afloran en los relatos de la prensa militante mucho tiempo después que el naturalismo haya dejado de ser la escuela dominante en la producción novelesca habitual, [lo que] se debe en gran parte a la ausencia de reales escritores del movimiento obrero.³²

³⁰ Véase Carlos Serrano, “Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900”, en *Historia Social*, núm. 4, 1989, pp. 21-31.

³¹ José Carlos Mainer, *op. cit.*, 1997, pp. 182-191.

³² Carlos Serrano, *op. cit.*, 1989, p. 29.

La adaptación acomodada —y hasta distorsionada— de la cultura establecida y, con preferencia, de las capas intermedias, proporcionó a las clases subalternas la cohesión que no estaba en condiciones de conseguir desde sus estrictos postulados ideológicos y, con frecuencia, desde sus modestos medios de producción cultural. Pues una cosa fue la proliferación de periódicos y literatura socialista, patente en los años 1880 y 1890, de predominio anarquista, y otra diferente es que su difusión se extendiera fuera de los núcleos obreristas más importantes del país. E incluso en esos casos se advierte la apropiación de un lenguaje y unos recursos simbólicos que remiten, previa inversión de contenidos, a la cultura que se combate. Así, el convencimiento en la nueva Jerusalén da lugar a una visión religiosa de la labor emancipadora, con su fe en los ideales, un sentido teleológico de los actos, la ritualización de las actividades internas, los oficiantes del culto y la emulación de la vida social de las clases superiores, por más que de esa imitación puedan deducirse consecuencias favorables a la elevación del nivel educativo de los trabajadores. En suma, los trabajadores proceden en esa época a una deliberada invención de tradiciones, por utilizar la expresión de Hobsbawm, capaz de proporcionarles cohesión social y de contribuir a dotar a la clase de una identidad diferenciada a la vez que facilita la estructuración de las relaciones sociales.³³

La apertura del primer Centro Obrero Socialista de Valencia a finales de 1891 ilustra lo que he señalado. En la narración del corresponsal del órgano del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el local presentaba un aspecto que le merece el calificativo de *pintoresco*, quizá debido a una decoración inédita: “Adornaban las paredes rojas colgaduras y pendían del techo brillantes arañas de cristal, que con luces de gas hacían que la sala estuviese espléndidamente iluminada”. Los balcones ostentaban colgaduras y en todos ellos ondeaba la bandera roja del Centro, “de la que pendían ricas cintas de seda, cada una de las cuales representaba una de las colectividades que lo forman”.³⁴ La Agrupación del PSOE se había fundado en 1886, si bien hay antecedentes en 1881 y una continuidad con el pequeño grupo marxista de la *vieja* Internacional. La ciudad de Valencia se encaminaba entonces hacia los 200 000 habitantes y combinaba la tradicional estructura de pequeñas unidades productivas y las nuevas fábricas levantadas en las inmediaciones (textil, cerámica, madera, tabaco, fundición y maquinaria).

³³ Eric J. Hobsbawm, “La producción en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914”, en *Historia Social*, núm. 41, 2001.

³⁴ *El Socialista*, 8 de enero de 1892. La descripción de la actividad socialista y los comentarios textuales que reproduzco a continuación, provienen de esta fuente.

La descripción se inicia, pues, con referencias al nuevo templo de las ideas emancipadoras, cuartel y escuela de las huestes del trabajo, en una querida licencia oratoria de Pablo Iglesias, el líder durante 40 años del socialismo español. El acto comenzó a las nueve de la noche con la interpretación de la sinfonía *Guillermo Tell* por el cuarteto de guitarras “Sociedad Artística-Obrera”, pieza que sería muy aplaudida. La obertura de la ópera de Rossini se había popularizado en las jornadas de la Revolución de 1868 asociada a la democracia, cuando los republicanos federales hicieron de ella un himno oficioso antes de inclinarse por la *Marsellesa*. Después de proceder a la lectura de la memoria que refería los trabajos realizados para crear el Centro, un trabajador metalúrgico glosó las ventajas del asociacionismo de resistencia al capital.

Una nueva intervención del cuarteto, con motivos de *El Anillo de Hierro* —el *revolucionario* Wagner con el clásico italiano daban cuenta del eclecticismo del gusto musical socialista— dejó paso al discurso del dirigente local, un tipógrafo que enumeró las ventajas que proporcionaba la existencia del Centro: la agrupación de las sociedades de resistencia y beneficios “morales de instrucción y buenas costumbres” para los trabajadores. Influenciado sin duda por la elevada asistencia de mujeres del acto, unas 200 según la crónica, apeló a que éstas “no miren con indiferencia las cuestiones del trabajo y no tomen a mal el que sus maridos, hermanos o padres concurran al Centro, donde nada perjudicial puede ocurrirles”. Sus palabras denotan una concepción andrógina de la organización obrera donde a la mujer, con frecuencia trabajadora en la realidad valenciana de 1891, se le reserva un papel pasivo. Siguió la lectura de comunicaciones llegadas de otras ciudades españolas para concluir con el discurso de Pablo Iglesias. En un tono que sería habitual en sus discursos, Iglesias glosó la importancia de la solidaridad citando ejemplos internacionales. Pero en esta ocasión dedicó la mayor parte del tiempo a destacar la importancia de la intervención de la mujer en los asuntos sociales; incidió en su mayor explotación e incitó a los obreros a educarla. El Orfeón que había amenizado con cantos los intermedios, al final interpretó el himno *A la Revolución*, compuesto por un compañero.

“Té con salpicón de socialismo”, fue la opinión que merecían estos actos a la prensa conservadora. Probablemente hacían mucho más por la difusión del socialismo y la cohesión solidaria que muchos periódicos de rudo lenguaje doctrinal.

La prensa obrera, de partido o de grupo, fue esencial en la propagación de las ideas socialistas y del ideal emancipador en general, pero cabe preguntarse en qué medida no dejaba de ser minoritaria, incluso, entre las clases trabajadoras. Si

me refiero a las lecturas políticas y literarias encontraré que los libros, con preferencia, fueron suministrados por casas editoriales vinculadas a la cultura radical-democrática de la que se consideraban depositarios los republicanos, en particular aquellos que se inclinaban hacia fórmulas populistas. En sus catálogos el lector obrero podía encontrar algunos de los textos doctrinales clásicos de sus respectivas ideologías y un cúmulo de literatura *culta* que les proporcionaba buena parte de las referencias sociales que identificaba como auténticas y próximas, fuera en la denuncia de la explotación o de la injusticia como en la orientación de un porvenir mejor. El lector obrero, por lo que se sabe —y en eso no se diferenciaba de otros sectores sociales— muchas veces era más un lector de catálogo que un lector de autor.

La editorial Sempere y Compañía fue a partir de 1900, y hasta su transformación en 1914 en la editorial Prometeo, una de las primeras empresas proveedoras de literatura social. En trece años publicó no menos de 36 obras anarquistas y sindicalistas, doce libros socialistas y media docena de textos de reformadores sociales, además de varios centenares de títulos de creación literaria, clásicos y modernos, y ensayos de filosofía, religión, geografía, sociología, etcétera. La mayoría se pusieron a la venta al precio de una peseta o incluso por menos, cuando un diario costaba alrededor de diez céntimos. De los libros se hicieron amplios tirajes y se difundieron en España e Hispanoamérica.

Los libros se imprimían en los talleres del diario *El Pueblo*, un periódico republicano de amplia difusión fundado por el escritor Vicente Blasco Ibáñez, quien desde 1898 era diputado en Cortes. Blasco fue el director literario de la sociedad Sempere y Compañía Editores, el principal autor de la casa y muy probablemente socio de la misma. El editor, Francisco Sempere Masiá, había sido librero de viejo y en 1909 llegó a ser elegido concejal republicano, al mismo tiempo que pertenecía a la Cámara de Comercio y a la Junta de la Sociedad Patronal de las Artes del Libro con la participación en la Junta para la Defensa del Obrero.³⁵

No es difícil advertir una interacción prensa/empresa editora/literatura/política en la propuesta republicana a la que hago referencia. Mientras el diario sostiene una línea de denuncia del régimen político y de los abusos concretos, a la vez que construye la imagen de un pueblo que vive de su trabajo —pequeños productores, comerciantes, menestralía urbana y obreros de taller—, la editorial proporciona las lecturas formativas y el mismo caudillo local ejerce una literatura satisfactoria para el

³⁵ *Almanaque de Las Provincias para 1923*, pp. 307-308.

público al que se destina.³⁶ Las facetas política, ideológico-cultural y literaria resultan inseparables y alcanzan por ello la máxima eficacia. Debo añadir que la aproximación a una práctica social tiene lugar a partir de la movilización de fin de siglo que los socialistas pretenden organizar, justo en vísperas del asalto electoral republicano al municipio.³⁷ Pero si es ese el marco concreto de la política local en el que nace y se hace la empresa cultural, ésta me interesa por su proyección española —e hispanoamericana— y por el papel que desempeña como vehículo de difusión de autores de escuelas y tendencias muy diversas que, sin embargo, coinciden al proponer una literatura y un pensamiento que acerca a los trabajadores a la comprensión de la sociedad desde una tradición democrática, humanitaria y social que no excluye la perspectiva revolucionaria.

El catálogo de Sempere y Compañía se abrió en 1901 con títulos como el *Diccionario filosófico* de Voltaire en seis volúmenes; la *Historia de la Revolución francesa* de Jules Michelet; *La conquista del pan* y *Palabras de un rebelde*, de Kropotkin y; *Evolución y revolución* de Eliseo Reclus. Incluía además obras de Tolstoi, Zola, Daudet, Gautier, D'Annunzio, Anatole France, Maupassant, Wagner y Marejkowski. Un año más tarde edita *El colectivismo y la evolución industrial* de Emile Vandervelde; *La sociedad futura*, de Jean Graves; *Filosofía del anarquismo*, de Carlos Malato; *Campos, fábricas y talleres*, de Kropotkin; *Mi viaje alrededor del Mundo* y *El origen del hombre*, de Charles Darwin; *El sueño del Papa*, de Víctor Hugo; *Estudios de vida religiosa*, de Ernest Renan y otros textos tenidos por anticlericales, incluida la novela de José Rizal *Noli me tângere* (*El país de los frailes*) sobre la colonización de Filipinas, figuran entre las obras más solicitadas. Fabri o Federico Urales vendrán poco más adelante. La literatura realista o social vuelve a estar representada con *Los ex-hombres*,

³⁶ Entre 1894 y 1902 Blasco Ibáñez escribió cinco novelas naturalistas de ambiente valenciano, un verdadero retrato social de la época que le proporcionó proyección nacional y, en cuanto se tradujeron al francés, un público internacional.

³⁷ Ramir Reig, *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer. València, 1898-1906*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1982; Antonio Laguna, *El Pueblo. Historia de un diario republicano, 1894-1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999. Es entonces cuando se promueve un obrerismo republicano, fomentando y atrayendo a las sociedades de oficio que se crean entre 1899 y 1901. El populismo logra frenar el potencial crecimiento socialista, integrándolo culturalmente a la vez que lo marginaba en lo político y en lo ideológico. Los primeros años de esta intensa actividad editorial están presididos por una reafirmación del sentido *revolucionario* de la política populista promovida por Blasco Ibáñez, que algunos de sus correligionarios habían puesto en duda, reafirmación que rubrican cuatro novelas realistas de tesis social aparecidas entre 1903 y 1905 (*La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda*), que ofrecen un excelente cuadro del compromiso con los desheredados.

de Máximo Gorki y obras de Zola, Daudet y Goncourt, entre otros, además de las nuevas novelas de Blasco Ibáñez y la reedición de las anteriores.

En los primeros tiempos la media de edición era de 35 novedades al año. En 1903 publicaba *Dios y el Estado*, de Mijaíl Bakunin, con prólogo de Carlos Cafiero y Eliseo Reclus; *El Capital* de Marx en *versión francesa*, esto es, el resumen de Gabriel Deville, del que hasta 1907 publica cuatro ediciones; *El mal del siglo*, de Max Nordau; y *El origen de las especies*, de Darwin. Son autores habituales Renan, Ibsen, Tolstoi, Chejov, Gorki (*Escritos filosóficos y sociales* y *Los hijos del sol*, en traducción de Juan Antonio Meliá, el hijastro de Pablo Iglesias). En el apartado de pensamiento figuran Herbert Spencer, Straus, Max Stirner y Nietzsche, de quien edita en diez tomos sus obras escogidas.³⁸

La relación de autores anarquistas la abre Proudhon con nueve obras, seguido de Kropotkin, con seis y Sorel con tres. El catálogo cuenta también con una nómina de textos del socialismo marxista y de la II Internacional. Además del texto de Marx antes citado, se traduce a Engels (*Origen de la familia...*, *Socialismo utópico y socialismo científico*), a Labriola (*Reforma y revolución social*, *Del materialismo histórico*) y a Bernstein (*Socialismo evolucionista*). La *Historia socialista* de Jaurès ocupa un lugar destacado y se edita lujosamente. A su modo, era una forma de alentar la convergencia con el socialismo sin los socialistas. Naturalmente, no podía faltar un autor como Henry George, con sus tres libros más destacados, comenzando por *Progreso y miseria*. El catálogo comprende, no sin cierto desorden, una biblioteca para el hombre preocupado por las grandes corrientes del pensamiento moderno relativas a la cuestión social y a la búsqueda de la razón científica. En sentido didáctico, hay varios folletos comparativos sobre el anarquismo y el socialismo, así como opúsculos sobre la primera legislación laboral comentada o los ideales de libertad y justicia.

Las obras anarquistas publicadas son más significativas que las socialistas por su número y representatividad. Sin duda, atendían las expectativas obreras durante un tiempo en que el anarquismo se encontraba en un proceso de reorganización. En 1907 se creó en Barcelona una federación regional en cuya fundación intervinieron anarquistas, sindicalistas, republicanos y socialistas: Solidaridad Obrera. Hasta entonces, y todavía, el populismo busca una base popular segura, fomenta un “apoliticismo bien entendido” sobre una comunidad de planteamientos, pues

³⁸ El catálogo de la editorial Sempere y Compañía lo he reconstruido a partir de las detalladas páginas de novedades bibliográficas de los *Almanaque de Las Provincias* para los años 1901 a 1915.

también los republicanos rechazan el orden político y, pretendidamente, en parte, el orden social establecido. Pero en octubre de 1910 la federación catalana se convierte en la Confederación Nacional del Trabajo, de orientación anarcosindicalista y ámbito español.³⁹

Nada tiene de extraño que los círculos obreros acudieran al catálogo de Sempere y Compañía. para proveerse de textos. Cuando *Humanidad Libre*, un periódico ácrata quincenal aparecido en febrero de 1902, pensó en organizar un sorteo de libros para recaudar fondos que hicieran posible la edición del periódico, incluyó en el lote obras de Blasco Ibáñez, Zola y Sebastián Faure. El catálogo de Sempere y Compañía, con su revuelto de autores, se halla presente también en la revista libertaria *Ciencia Social* (1895-1896) y en su continuación *La Revista Blanca* (1898-1905). Las recomendaciones bibliográficas de *La Revista Socialista* (1903-1905), promovida por calificados militantes del PSOE, remite directamente a Sempere y Compañía (incluyendo a Renan, Proudhon, Darwin e incluso a Kropotkin, por supuesto a Blasco Ibáñez, cuyas novelas “deben leerse siempre” —afirma— mientras que su periódico “no debe leerse nunca”), “libros de los que basta enunciarlos para que la persona que quiera ilustrarse se apresure a adquirirlos”.⁴⁰ La opinión reformista sobre las lecturas formativas discrimina títulos

³⁹ Xavier Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1976.

⁴⁰ José Carlos Mainer, *op. cit.*, 1977, pp. 195-202 y 211-212. Las citas de *La Revista Socialista* reproducidas en el texto, en esta última referencia. Todavía en 1924 la relación de libros que *La Revista Blanca* ofrece a sus suscriptores se basa, en gran medida, en el catálogo del editor valenciano (pp. 229-230). Los ejemplos que menciona Mainer de bibliotecas obreras, como la de Gijón en 1917, corroboran el papel difusor de cultura de Sempere y Compañía en el medio obrero durante las tres primeras décadas del siglo XX. Compárese el anterior catálogo con la oferta de publicaciones de un centro obrero del PSOE en 1902: el programa general y municipal del partido, cuatro textos sobre leyes políticas y sociales, tres trabajos de Jules Guesde, otros tres de Deville, *Socialismo y libertad*, de Jaurès, *Miseria de la filosofía* y *El capital*, de Marx, dos de Engels, himnos socialistas, algunos textos de controversia y del líder nacional Pablo Iglesias, además de un folleto de Juan Bautista Justo. Se ofrecía un *Album revolucionario* en hojas sueltas con los retratos de Marx, Engels, Owen, Fouier (sic), Saint-Simon, Liebknecht, Becker y Bebel. Se disponía también de retratos de Marx y Engels, y un “Recuerdo de 1º de Mayo” que incluía la figura de Iglesias. Estas láminas eran muy solicitadas. Con todo, se trata de un catálogo unilateral y mucho más duro en términos ideológicos y políticos. Véase *El Mundo Obrero*, 17 de agosto de 1902. En general, para las ediciones socialistas, Santiago Castillo, “La labor editorial del PSOE en el siglo XIX”, en *Estudios de Historia Social*, núm. 8/9, 1979, pp. 181-195; para las ediciones marxistas, Pedro Ribas, *La introducción del marxismo en España (1869-1939). Ensayo bibliográfico*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1981.

—literarios e ideológicos— pero recurre asimismo al fondo de Sempere para surtir la biblioteca ideal del trabajador.⁴¹

Esa mezcla que se encuentra en recomendaciones, bibliotecas obreras y memorias trasciende al relato literario. Y así, en la novela *Campo abierto*, cuya acción se sitúa en 1936, Max Aub describe a uno de sus personajes, un socialista valenciano que de artesano había logrado ascender a la posición de mueblista, en los siguientes términos:

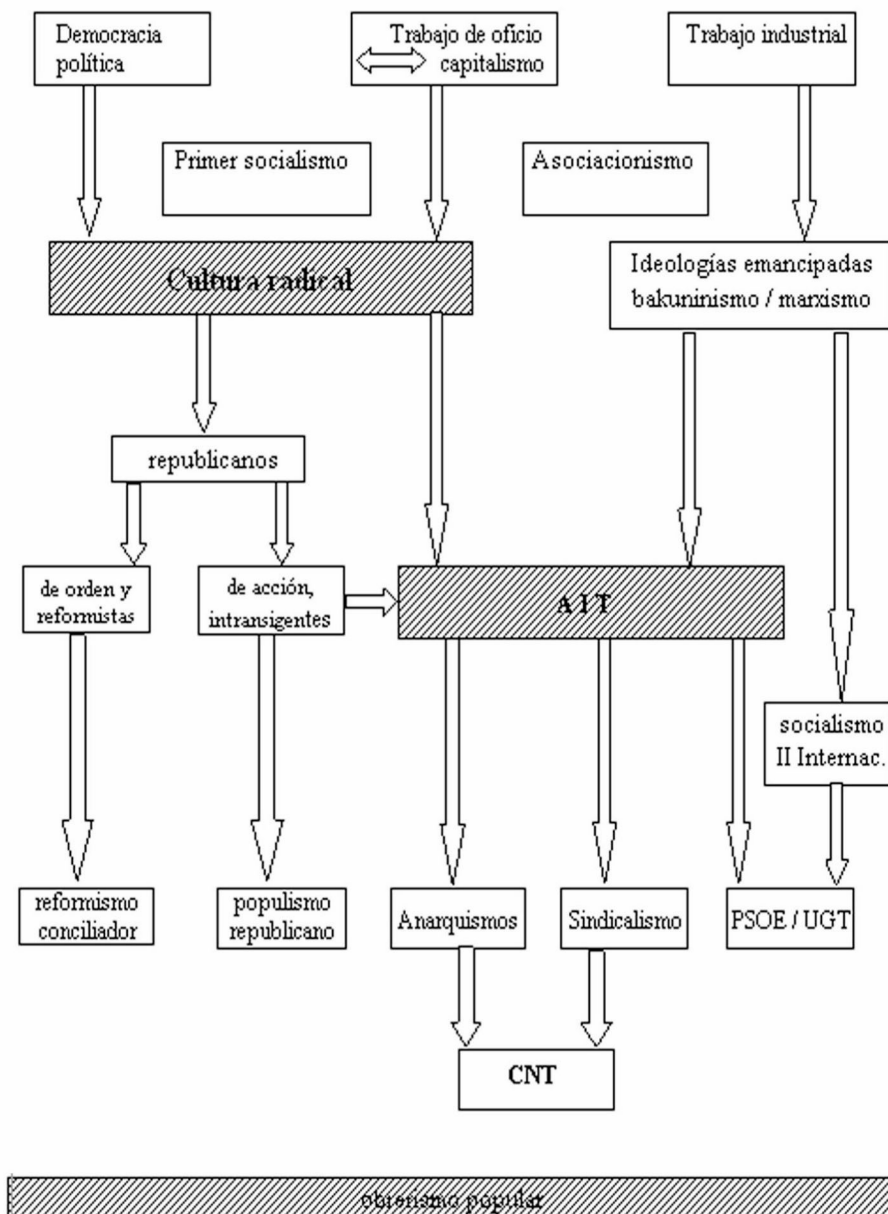
[...] leyó lo que creyó necesario para entender el mundo: Eliseo Reclus, Blasco Ibáñez, Max Nordau, Baroja, Valles, los hermanos Margueritte, Barbusse, Flammarión, Insúa, Felipe Trigo, literatura vagamente humanitaria que concordaba con su filantrópico liberalismo. Su mayor admiración, Galdós.⁴²

La formación de organizaciones sindicales de masas y la ampliación de la conflictividad social, coincidiendo con los años de guerra europea, dieron lugar a una nueva fase en el movimiento obrero español que en gran medida fue protagonizado por la clase formada en las décadas precedentes. La Revolución Rusa y la potenciación de una cultura de compromiso se unieron a nuevas formas de hacer política que pusieron en cuestión muchas de las raíces de la acción colectiva anterior. La década de 1930 fue la mejor exponente de los cambios que se habían producido. Hasta entonces, pero sobre todo en la etapa que transcurre desde la Primera Internacional hasta 1914, el obrerismo popular español reunió tradiciones en las que cabían las nuevas ideologías, pero que conformaba un universo cultural más amplio que éstas, en el que se reconocen sin dificultad elementos sustantivos de la cultura radical —instructiva y política— que formaban parte del recorrido de las clases trabajadoras por mejorar su suerte, ganar derechos y pensar en una sociedad futura más justa.

⁴¹ Rafael Altamira, *Lecturas para obreros. (Indicaciones bibliográficas y consejos)*, Madrid, Imprenta de Inocente Calleja, 1904.

⁴² Max Aub, *Campo abierto*, Madrid, Alfaguara, 1998, p. 78.

Anexo. Cultura radical y cultura obrera en España (1868-1914)



He tratado de diagramar la evolución de la cultura radical y su convergencia con otros factores y corrientes, sobre las que en ocasiones también ejerció influencia. La cultura política radical proviene de la democracia política y del primer socialismo que evoluciona de aquella como efecto, entre otras causas, de la contradicción entre el trabajo de oficio y el desarrollo capitalista; la tercera influencia en la formación de la cultura radical vendría dada de esa misma antinomia en una fase más evolucionada; la cuarta herencia sería la del asociacionismo que procede tanto del trabajo artesano y de oficio como del trabajo asalariado vinculado a la incipiente producción industrial. De ahí que insista en la doble génesis de la cultura radical, política y socioestructural. Todo lo anterior, canalizado por la cultura radical y las ideologías que implican un proyecto emancipatorio (bakuninismo y marxismo) y no sólo crítico o idealmente alternativo (que también habría nutrido la cultura radical), converge en la Primera Internacional, en la que el peso del segundo componente es determinante, pero en la que el sustrato radical se mantiene vivo.

La cultura radical evoluciona, paralelamente, en un segundo tronco: el republicano, con diferentes ramificaciones, alguna de las cuales volverán a coincidir con el internacionalismo en el sexenio revolucionario (el republicanismo “de acción” y de mayor contenido social) y dará lugar, en las décadas de entre siglos, a un populismo que, como se verá en el siglo XX, tuvo más de un punto de contacto con el anarquismo. La cultura radical no se agota, por lo tanto, en una determinada fase histórica que correspondería a la acción demócrata y socialista de los artesanos y otras capas populares antes de la aparición de las organizaciones que se reclaman de clase. Es la raíz esencial del republicanismo español, incluida su versión liberal “de orden”, matizadamente reformista, que cobra cuerpo en el sexenio y después de la república de 1873 tiene en Emilio Castelar a su principal representante. Pero esa cultura se encuentra también fuertemente arraigada en el obrerismo popular posterior en la medida en que las condiciones materiales tienen un determinado ritmo de adecuación y las condiciones políticas hacen que conserve su atractivo en un régimen señaladamente oligárquico y bloqueado.